

PÍO MOA

# LOS NACIONALISMOS VASCO Y CATALÁN



EE

ENCUENTRO

HISTORIA

EN LA GUERRA CIVIL,  
EL FRANQUISMO  
Y LA DEMOCRACIA



Ensayos

511



PÍO MOA

Los nacionalismos vasco y  
catalán en la Guerra Civil,  
el franquismo y la democracia

EE  
ENCUENTRO

© 2013  
Pío Moa  
y  
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - [www.o3com.com](http://www.o3com.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9055-242-1

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:  
Redacción de Ediciones Encuentro  
Ramírez de Arellano, 17-10.<sup>a</sup> - 28043 Madrid  
Tel. 902 999 689  
[www.ediciones-encuentro.es](http://www.ediciones-encuentro.es)

# ÍNDICE

|                                    |   |
|------------------------------------|---|
| INTRODUCCIÓN. Conceptos clave..... | 7 |
|------------------------------------|---|

## PRIMERA PARTE: LA GUERRA CIVIL

|                                                                  |     |
|------------------------------------------------------------------|-----|
| 1. Interpretaciones sobre las causas de la Guerra Civil.....     | 31  |
| 2. La Esquerra y el PNV ante la guerra.....                      | 37  |
| 3. La <i>Generalitat</i> se arma y acomete empresas bélicas..... | 46  |
| 4. El lendakari Aguirre dirige la guerra en Vizcaya.....         | 59  |
| 5. Azaña se queja de Companys.....                               | 73  |
| 6. Guerra y «Cruzada» .....                                      | 79  |
| 7. El PNV pierde Vizcaya y ayuda indirectamente a Franco ..      | 85  |
| 8. Rendición de Santoña y su consecuencias.....                  | 93  |
| 9. La Generalidad pierde su semiindependencia.....               | 102 |
| 10. Querellas Azaña-Companys .....                               | 113 |
| 11. Quiebra del nacionalismo español de Azaña.....               | 120 |
| 12. El PNV y la Generalidad buscan respaldo internacional ..     | 125 |
| 13. De las esperanzas internacionales a la derrota .....         | 135 |

## SEGUNDA PARTE: LA ERA DE FRANCO

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| 14. Interpretaciones sobre el franquismo .....     | 151 |
| 15. Luchas por la supervivencia en el exilio ..... | 160 |
| 16. La represión de posguerra en España .....      | 169 |

|                                                                                |     |
|--------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 17. El carácter del régimen franquista .....                                   | 176 |
| 18. Esperanzas y decepciones al terminar la Segunda<br>Guerra Mundial.....     | 188 |
| 19. Una revolución en la Iglesia .....                                         | 198 |
| 20. Nuevos problemas para el franquismo.....                                   | 213 |
| 21. La ETA y sus ideales .....                                                 | 225 |
| 22. Un terrorismo bendecido .....                                              | 238 |
| 23. Los separatismos tradicionales intentan reorganizarse.....                 | 254 |
| 24. El asesinato de Carrero Blanco .....                                       | 266 |
| 25. Golpe militar en Lisboa y reorganización antifranquista<br>en España ..... | 274 |
| 26. Incertidumbre, oleada terrorista y muerte de Franco .....                  | 283 |

### TERCERA PARTE: LA DEMOCRACIA

|                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------|-----|
| 27. Interpretaciones sobre la democracia .....                 | 295 |
| 28. Ruptura contra Reforma.....                                | 301 |
| 29. La ETA como eje político.....                              | 315 |
| 30. Cataluña y la Constitución.....                            | 323 |
| 31. El separatismo vasco ante la democracia.....               | 331 |
| 32. Cataluña, entre autonomismo y separatismo.....             | 347 |
| 33. Terrorismo y desestabilización .....                       | 352 |
| 34. Las autonomías, ¿progreso o desastre? .....                | 358 |
| 35. El gobierno ante el separatismo y la democracia.....       | 366 |
| 36. El PNV ante la ETA.....                                    | 373 |
| 37. Un espejismo: ¿hacia el final de la ETA?.....              | 382 |
| 38. La farsa del pacto antiterrorista y una segunda Transición | 388 |
| 39. Radicalización del PSOE y los separatistas .....           | 397 |
| 40. Gran escándalo ante las elecciones de 2004.....            | 408 |
| 41. ¿Cambió la Historia el atentado del 11-M? .....            | 413 |
| ALGUNAS CONCLUSIONES.....                                      | 425 |

|                                                        |     |
|--------------------------------------------------------|-----|
| APÉNDICE. Los nacionalismos vasco y catalán comparados | 429 |
|--------------------------------------------------------|-----|

## Introducción

### CONCEPTOS CLAVE

#### *Comunidad cultural, nación, nacionalismo*

Las naciones y —desde principios del siglo XIX— los nacionalismos tienen un peso primordial en la historia. Pero esta evidencia no ha impedido las más variadas interpretaciones y confusionismos. Para evitar equívocos, aquí entiendo por nación una comunidad cultural bastante homogénea dotada de un Estado. En otras palabras, la nación es un hecho político: un Estado en una comunidad cultural. Hay Estados no nacionales, como los imperiales, aunque siempre con un origen nacional hegemónico e impuesto sobre otras comunidades culturales privadas de Estado. Y por nacionalismo entiendo la ideología, en principio democrática, salida de la Revolución francesa, que deposita la soberanía en el pueblo o nación, y no ya en el monarca.

Desde la caída del Imperio romano prevalecen las naciones en la parte occidental de Europa (desde Escandinavia a la Península ibérica), mientras que en el centro y el este del continente predominan los Estados imperiales (Sacro Imperio Romano Germánico, polaco-lituano, ruso, bizantino, turco, austrohúngaro...). La Revolución francesa extiende el nacionalismo, suponiendo el derecho de cada comunidad cultural a dotarse de Estado propio y convertirse así en nación. Los nacionalismos corroyeron los imperios, en Europa y



fuera de ella, y dieron lugar a nuevas naciones. De ahí que algunos tratadistas consideren las naciones un fenómeno moderno creado por los nacionalismos. La realidad, a mi juicio, difiere: la nación es muy anterior al nacionalismo, el cual no habría podido surgir sin la existencia previa de la misma en algunos lugares. Creo este esquema lo bastante claro y acorde con los hechos históricos para evitar disquisiciones inútiles.

No obstante, conviene resumir algunas teorías contrarias a esta: se habla de naciones culturales y políticas, de naciones modernas, «naturales» o «inventadas», de «nacionalidades», del nacionalismo y el Estado como auténticos generadores de las naciones, de derechos relacionados con la nación, del nacionalismo como factor antidemocrático y de guerra, o bien lo contrario, etc.; un laberinto donde es fácil perderse. Un enfoque relativamente nuevo quiere dar un giro a la cuestión, como observa el historiador Álvarez Junco en su libro *Mater Dolorosa*. Antes, afirma, la nación pasaba por ser un hecho «natural», objetivo, constituido por rasgos como el idioma, el territorio, tradiciones, creencias, etc., del cual derivaba una subjetiva voluntad de autogobierno: el nacionalismo sería la consecuencia política de la nación. Pero los nacionalismos vasco y catalán indican lo contrario, pues surgen en tiempos muy recientes, mientras que datan de muy atrás las particularidades en que se apoyan o dicen apoyarse. Por consiguiente habría que invertir la relación: las naciones no son hechos naturales, sino productos del nacionalismo. Es decir, el elemento subjetivo nacionalista da forma a las naciones: diversas élites, usando la propaganda, la enseñanza y el poder, inventarían los elementos «nacionales»: creencias sobre el pasado, tradiciones, costumbres que se harían pasar por antiguas, etc.

En parte ese enfoque venía prefigurado en el marxismo, para el cual naciones y nacionalismos obedecían a interés de la burguesía por asegurarse unos mercados propios. Constituirían ideologías al estilo de la religión: una pseudoexplicación del mundo y

de la historia movida subterráneamente por intereses económicos. Hobsbawm cree a las naciones puros inventos de las «clases explotadoras» para compensar y desviar el descontento de las clases populares. Esta visión, con matices varios, ha cundido en ámbitos intelectuales no marxistas, aunque ya casi nadie contraponga al nacionalismo el «internacionalismo proletario». Por otra parte, coexiste en el marxismo la idea de la nación natural y objetiva, definida por rasgos como el idioma, el territorio, etc. Con su habilidad *dialéctica*, los comunistas utilizaron más, en momentos clave, el sentimiento nacional que el «internacionalismo proletario», hartos menos movilizadores.

La explicación de Álvarez Junco tiene serios defectos. Se hace difícil creer, por ejemplo, que el dominio de la enseñanza y la propaganda estatal desde Londres lograra convertir a escoceses o irlandeses en ingleses. Y tampoco explicaría el brusco resurgir de los nacionalismos en Europa del Este tras generaciones de férrea instrucción marxista. O cabría entender a Cataluña o a Vascongadas como invención de ciertas élites burguesas de finales del siglo XIX, destinada a crear un sentir popular favorable a sus intereses... solo que a las burguesías de Barcelona y Bilbao no les interesaba un pequeño mercado regional, sino el mercado español en conjunto.

También se ha invocado la racionalidad contra los sentimientos comunitarios de patria o nación. Sentimientos intensos, de los pocos capaces de arrastrar a los hombres, en ciertos momentos, a dar la vida o a quitarla a otros. Pero, alegan algunos, se trata de ilusiones irracionales, arbitrarias, autoengaños surgidos del ansia de «ser» más de lo que realmente se es: «Al ser humano le resulta difícil evitar la tentación de anclar su pobre y finita vida en una identidad que la trascienda», señala Álvarez. Y cita de G. Jusdanis cómo el nacionalismo permite a los individuos «olvidar su contingencia, olvidar que son parte del flujo de la historia, que su vida personal es solo una entre muchas, y ciertamente no la más grandiosa, y que

su cultura, la más intrínseca experiencia de sí mismos como seres sociales, no es natural, sino inventada»<sup>1</sup>.

Crítica menos racional de lo supuesto. Anclar la «pobre y finita vida» en una trascendencia es quizá una tentación, pero también un dato primario. La vida del individuo, tanto biológica como cultural, trasciende largamente en el pasado por la serie interminable de sus ancestros, y en el futuro por la de su descendencia. Nadie nace por propia elección, ni decide sobre el tiempo o lugar de su vida, la cual será para siempre inseparable de esos datos. El individuo absorbe desde la cuna un bagaje cultural variadísimo —lengua, utensilios, creencias, costumbres, arte, normas de conducta, actitudes...—, tan esencial para su supervivencia como la misma leche materna. Esa cultura, creada alegre o penosamente por generaciones no debe nada al individuo niño, y le deberá poco cuando este se haga adulto; él, en cambio, le debe casi todo. No son difíciles de entender racionalmente los profundos afectos que, de modo más o menos consciente o elaborado, suscita el entorno sociocultural de las personas: el entorno que el bardo vasco Iparraguirre proyecta poéticamente cuando canta, desde la frontera del Bidasoa: «Ahí enfrente está España. No hay en Europa mejor tierra».

Si evitamos el error de considerar la vida individual como un hecho menor, limitado pero al mismo tiempo autosuficiente y aislado, salta a la vista la racionalidad del «sentimiento patriótico». Los elementos culturales, como los naturales, conforman el medio de la vida humana. Suele decirse que ellos nos condicionan o moldean, como si se tratase de algo externo, pero en rigor forman parte constitucional, íntima, de nuestra vida personal. El individuo puede renegar de su cultura —y también de su propia vida—, pues sus efectos son a menudo contradictorios y dolorosos, pero más comúnmente se identificará con ella, con su «patria», como se identifica con sus padres, que le trascienden en el pasado, y con sus hijos,

---

<sup>1</sup> J. Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*, Taurus, Madrid, 2002, p. 17.

que lo hacen en el futuro y en quienes siente una continuidad cuya perduración normalmente desea y cuya posible ruina percibe como un trauma, a menudo como un trauma insufrible.

Así, es lógico que nos sintamos más identificados con los afines por lengua, creencias, costumbres, etc., y valoremos estas sobre las ajenas. Y aunque ese sentimiento, como todos, puede volverse enfermizo, cursi, arrogante o criminal, tacharlo de irracional es tan absurdo como exigir a un niño que ame por igual a su madre y a las de sus amigos, invocando la «razón» de que todas, objetivamente, son madres.

Por otra parte, ¿qué debe entenderse por «inventada» como contrapuesta a «natural»? ¿Quizá que la cultura inspiradora del sentimiento nacional es arbitraria, fundada en una fantasía o voluntad más o menos caprichosa? A lo largo del siglo XX se ha sostenido dicha oposición en términos diversos. La cultura como invención ideológica, formas de conducta, organización social y representación del mundo sin base real más allá de los intereses de algunos grupos privilegiados; o fantasmagorías nacidas de una necesidad psicológica de autoengaño, de manías de grandeza o de represión sexual... Algunos posmodernos llegan a reducir la cultura, incluida la ciencia, a modas o convenciones aceptadas por la gente o por medios académicos. Bajo tales convenciones no habría nada, y su valor comparativo dependería de la capacidad adaptativa de los diversos grupos humanos, en clave darvinista y carente de sentido o finalidad.

Pero si tomamos las construcciones del nacionalismo por un invento arbitrario, valdría lo mismo —muy poco— tacharlo de contrario a la libertad que exaltarlo como liberador, como revolucionario o reaccionario, etc. Y no menos invento serían las ideas antinacionalistas: ¿sería más «natural» el internacionalismo proletario, el ideal globalista, el cosmopolitismo, cargados de una supuesta racionalidad, pero vulnerables a la misma crítica? Solo cabría enjuiciar unas u otras ideas por su triunfo o fracaso, generalmente imprevisibles, en la «lucha por la vida». Que es como no enjuiciarlas.

Por otra parte, oponer la naturaleza a la cultura «inventada» suena extraño. Al surgir de la naturaleza humana, o más bien expresarla, la cultura resulta tan natural como la conducta instintiva de un mono o de una pulga, aunque muchísimo más compleja, variada y variable. Esa complejidad nace, probablemente, tanto de la extrema individuación del ser humano como de su esencial socialización. Sin lo primero sería difícil concebir la inmensa variación cultural, y sin lo segundo la cultura simplemente no existiría. Individuación y socialización, dos factores en parte contrarios, pero imprescindibles. Esa duplicidad nos deja insatisfechos, por cierta necesidad psicológica de simplificación que nos mueve a reducir sucesivamente lo complejo hasta la máxima simplicidad de un solo factor original y omniexplicativo. Pero, fuera de la idea de Dios, siempre hallamos más de un factor inicial al analizar las complejidades del mundo.

La variabilidad de la cultura en el tiempo y el espacio nos crea la ilusión de que ella es arbitraria o *inventada*. Todas las manifestaciones culturales tendrían el mismo valor, por discrepantes u opuestas que fueran entre sí. En tal caso, el ser humano estaría al margen de la naturaleza, pues podría sobrevivir fueran cuales fueren sus ideas y conductas, al contrario que los animales, condenados a perecer si su comportamiento instintivo les falla o resulta inadecuado. Esto no parece concebible, y debemos admitir tanto que bajo las diferencias culturales ha de haber un sentido y una lógica común, como que no todas pueden valer lo mismo. Hay algo misterioso y oscuro en todo ello, pero misterioso u oscuro no equivale a arbitrario.

Tras señalar el callejón sin salida al que parece abocar el dilema natural/cultural o inventado/objetivo, dejaré aquí la cuestión. A efectos de este estudio, repito, nación y nacionalismo constituyen expresiones históricas —la segunda mucho más tardía que la primera—, de la tendencia humana universal a organizarse en grupos particulares y a ocupar un territorio propio. Incluso los pueblos errantes disputan a otros la tierra donde se asientan por un tiempo, o la que recorren con cierta regularidad, y no creo que excepciones

como los gitanos o los judíos desmientan la regla. Ese impulso diferenciador en lo cultural y político marcha junto con otro, opuesto y complementario, a tomar préstamos o generalizar elementos culturales, o a construir poderes como los imperios. Encontramos siempre las dos tendencias, pues ni siquiera la frontal hostilidad y la guerra entre dos grupos impiden un grado de interpenetración entre ellos ni, a la inversa, la máxima expansión de una cultura, por imposición o imitación, deja de sufrir un permanente empuje particularista en zonas y grupos humanos. El predominio de una u otra tendencia varía según épocas y lugares. Así, en buena parte de América prevaleció durante tres siglos la presión homogeneizadora hispana, y más tarde salieron a primer plano impulsos diferenciadores, sobre todo en lo político. Asimismo, en cada grupo, en cada nación, coexisten impulsos integradores y disgregadores. Según predominen unos u otros, la nación se reforzará o llegará a desintegrarse.

Volviendo al principio: una nación es una comunidad cultural suficientemente homogénea dotada de un Estado propio. Con mucha posterioridad surgió la doctrina del nacionalismo, en principio democrático, que depositaba la soberanía en la nación, y no en un monarca o algún órgano especial. El nacionalismo ha generado nuevas naciones e incrementado el natural patriotismo hasta extremos criticados como «divinizadores» de la nación. También se le ha criticado como principal factor de guerra, pero la guerra solía achacarse también a intereses económicos, imperialistas, etc. Las contiendas más devastadoras del siglo XX nacieron de ideologías internacionalistas con pretensiones científicas o racionales, mezcladas con particularismos. El nacionalismo no tiene por qué ser belicista, aunque a veces lo sea, como casi cualquier otro «ismo». La condición humana es inevitablemente conflictiva, por los muchos y variados sentimientos, intereses, etc., que la integran, y contener el conflicto o desviarlo impone una gran tensión moral y acciones coherentes, lejanas de las invocaciones abstractas o utópicas.

Las concepciones abstractas suelen estar vacías. Así Renan cuando oponía el concepto «alemán» del nacionalismo, cuya proclividad a la guerra le angustiaba: «El hombre no pertenece a su lengua ni a su raza: no se pertenece más que a sí mismo, puesto que es un ser libre, un ser moral». Decir que el individuo solo se pertenece a sí mismo es un aserto sin sentido, y absurdo negar a los nacionalistas alemanes su carácter humano. Alguno podría replicarle: «Yo, ser libre y moral como usted, creo que la raza y la lengua son elementos constitutivos y fundamentales de mi nación y de mí mismo».

### *Nacionalismo y separatismo*

El nacionalismo se apoya en una nación ya constituida o en una comunidad cultural más o menos precisa a la que aspira a convertir en nación. En el primer caso el ejemplo claro es Francia, nación antigua que desarrolla el concepto nacionalista a partir de la Revolución francesa. En el segundo caso, el nacionalismo es inevitablemente separatista, con más o menos razones. Es decir, intenta separar a una comunidad determinada de aquel poder político que de un modo u otro la venía englobando, generalmente un Estado imperial considerado opresor. Las razones pueden ser evidentes en casos como los de los griegos o los serbios con respecto al Imperio otomano. A menudo esas comunidades habían sido naciones antes de ser sometidas, por las armas u otros medios, como ha ocurrido con los escoceses, los irlandeses, los polacos, etc.

Los casos son muy variados, pero el de los nacionalismos vasco y catalán tiene fuertes peculiaridades: aspiran en sus palabras, a «construir» nación en sus sociedades. Y lo hacen porque, en rigor, nunca ha existido una nación catalana o vasca, o, dicho de otro modo, nunca sus comunidades han dispuesto de un Estado. Cataluña, como Aragón, se integró primitivamente en el estado francés (la Marca Hispánica, así llamada, significativamente), del

que se liberaron cuando tuvieron ocasión. La primera se integró pacíficamente en la Corona de Aragón, que llegó a incluir también los reinos de Valencia y Mallorca. Cataluña propiamente nunca fue considerada, por propios ni extraños, un reino, independiente o no. En cuanto a las Provincias Vascongadas, oscilaron durante la Reconquista entre el reino de Pamplona y el de Castilla, optando finalmente de modo voluntario por Castilla. Ni Cataluña ni Vascongadas dispusieron nunca de Estado propio ni fueron invadidas para ser sometidas por otras regiones o reinos (el caso de Navarra se dirigió contra Francia, y la guerra de Cataluña en el siglo XVII tuvo un carácter parecido), sino que su integración en el conjunto político de España fue pacífico y voluntario. No se trataba, por tanto, de recuperar una independencia perdida.

Los separatismos vasco y catalán surgen tardíamente, hacia finales del siglo XIX, y solo cobran cierta potencia a raíz de la crisis moral del 98, debida a la pérdida de las últimas colonias españolas en América y el Pacífico a manos de Usa. Esos separatismos buscaban dotar de un Estado, es decir, convertir en naciones a las regiones catalana y vasca (integrando en esta última a Navarra y una pequeña parte de Francia). Ahora bien, ¿en qué justificaban ese objetivo? ¿Eran tan profundas las diferencias culturales entre dichas regiones y el resto de España? En realidad compartían un idioma, el castellano o español común, mayoritariamente hablado en Vascongadas desde hacía siglos, y hablado ampliamente y conocido por la mayoría en Cataluña, siendo además el catalán una lengua latina muy próxima a la castellana. Sus literaturas más abundantes y probablemente de mejor calidad habían sido escritas en la lengua común, no en la regional. Las dos habían compartido con el resto la prolongada lucha contra el Islam, un estricto catolicismo, las formas artísticas y culturales románica, gótica, renacentista o barroca, y más recientemente la lucha contra la invasión francesa o las divisiones del siglo XIX entre carlistas y liberales. Compartían y comparten tradiciones, incluso culinarias, musicales, costumbres (como la tauromaquia). El aspecto



físico de la gente es asimismo común, al igual que la ascendencia, mostrada en el predominio de los apellidos: García (este probablemente de origen vasco, el más corriente en España), Pérez, López, Rodríguez, etc. Durante siglos, vascos y catalanes se consideraban naturalmente españoles y sus intelectuales, políticos o militares formaban parte natural de las élites españolas. Y así una larga serie de elementos comunes.

Al lado de tales elementos, pero, históricamente, no en oposición a ellos, existían diferencias, la principal de ellas el idioma regional y algunas costumbres más o menos ancestrales. Naturalmente, «construir nación» significa ante todo exaltar esas diferencias, sobre todo la lengua, y despreciar las afinidades con el resto de España. La lengua vasca y la catalana han sido definidas por los nacionalistas como únicas «propias» de sus territorios, atribuyendo de hecho al castellano el carácter de lengua extranjera. A despecho, como quedó indicado, de que la mayoría de los catalanes y la inmensa mayoría de los vascos tienen por lengua materna el español común, y en él se ha escrito, sobre todo en el caso vasco pero también en el catalán, la mayor literatura de las respectivas comunidades. Así, los constructores de la nación han hecho esfuerzos ímprobos por segregar al castellano, humillarlo o marginarlo de muchas formas, excluirlo en lo posible de la enseñanza, etc. Sin éxito concluyente, pese a haber dedicado a esa tarea un enorme esfuerzo de propaganda y económico. Aspecto relacionado ha sido la pretensión de otros separatismos menores, como el andaluz o el canario, de inventar idiomas diferenciales (andalusí o guanche). En el caso del gallego, la gran similitud con el castellano ha llevado al intento de asimilarlo al portugués.

Pero el punto esencial de los nacionalismos era la concepción de «raza», muy influyente en Europa a finales del siglo XIX y que tomó aquí rasgos pintorescos. El racismo en el nacionalismo vasco era obsesivo y en el catalán un ingrediente clave (véase apéndice), pese a que las diferencias raciales o genéticas entre las regiones de España son insignificantes. La única apoyatura de ese racismo

(Cambó la alude indirectamente al hablar de cómo la prosperidad de Cataluña había ayudado a sus propagandas) consistía en que Vizcaya y Barcelona eran por entonces las provincias más industriales y ricas de España, las más dinámicas, adonde acudían miles de inmigrantes del resto. Aunque esa industrialización estaba muy protegida desde Madrid, y creada en relación con el mercado español y por empresarios no separatistas, podía interpretarse como resultado de una superioridad racial de los catalanes y los vascos sobre el resto de España, considerada después del «Desastre» del 98 —y harto precipitadamente— como un país al borde de la extinción. Desde la Segunda Guerra Mundial, el racismo se ha convertido en tabú, pero todas las diatribas de los separatistas contra España tienen el fondo común de una pretensión de superioridad en todos los órdenes sobre el resto del país. Al mismo tiempo afirman ser «colonias oprimidas», lo que resulta chocante: no es frecuente que las explotadas colonias sean más ricas que la metrópoli y que esta haya amparado tanto esa riqueza de las «colonias». En definitiva, la verdadera sustancia de estos separatismos yace en un racismo explícito antes del fin de la guerra mundial, e implícito y disimulado posteriormente. No tiene otra apoyatura real. Un racismo carente por completo de base, mas no por ello deja de ser menos generador de pasiones en ambientes más o menos amplios. Sin tener en cuenta este rasgo decisivo no podrá entenderse realmente el problema.

Para avanzar hacia su objetivo de secesión, estos dos nacionalismos han seguido una doble estrategia basada en la exacerbación de los sentimientos de ultraje al estar supuestamente sometidos a unas gentes inferiores, y de virulenta denigración de España (con variantes en «Madrid» o «Castilla»). Propaganda con una mezcla ofensiva de desprecio, odio y victimismo. Consignas actuales como «España nos roba», «representa el atraso y la opresión», o «el fascismo», «viven de nosotros», etc. son el pan cotidiano del que se alimenta el separatismo. La inmigración de otras provincias se presenta como proveniente de un país extranjero, atrasado y semiafricano, donde

todo funcionaría mal en contraste con Cataluña y Vascongadas, europeas y siempre superiores. Los inmigrantes «muertos de hambre» deberían estar agradecidos, en lugar de orgullosos por su trabajo dentro de una misma nación, a menudo el trabajo más duro y peor pagado, gracias al cual han prosperado todos. Tales sentimientos y expresiones se mezclan arbitraria y contradictoriamente con otros de «democracia», «cultura», «europeísmo», etc., combinados con unos relatos históricos no menos peculiares. Pero, ante la escasa réplica obtenida en los últimos decenios y las continuas concesiones de los gobiernos españoles, tales distorsiones políticas e históricas han llegado a arrastrar a un número considerable de catalanes o vascos oriundos por familia de otras provincias.

Obviamente estas actitudes provocan y quieren provocar réplicas en el mismo diapasón, lo cual alimentaría una espiral de resentimientos mutuos entre vascos, catalanes y habitantes de otras regiones. Pues sin ese odio o al menos aversión, disfrazados a menudo con pretensiones de objetividad, los separatismos calarían poco entre unas masas que por tradición de siglos se han sentido igualmente españolas, como ya lamentaban Sabino Arana o Prat de la Riba (véase apéndice). En definitiva, la secesión solo podría cimentarse en una fuerte expansión de tales sentimientos de superioridad ultrajada por «los españoles» supuestamente extranjeros y naturalmente inferiores, y de las reacciones consiguientes.

¿Qué posibilidades reales tienen los separatismos? Se han convertido en el problema más grave y de mayor calado de España después de que el peligro revolucionario de los años treinta fuera vencido en la Guerra Civil y haya pasado mundialmente a segundo plano, especialmente tras la caída del Muro de Berlín. Paradójicamente, el peligro secesionista ha sido alimentado desde Madrid por los gobiernos desde la Transición, como veremos. Ha sido alimentado con concesiones políticas, económicas, educativas y falta de respuesta en el plano intelectual e ideológico. Los gobiernos centrales pretendían que los nacionalistas se sintieran cómodos en España

y colaborasen en la política general, aspiración nacida de una ignorancia radical tanto de la historia del país como de la propia naturaleza de esos separatismos. Si estos, con muy poco peso al principio de la Transición, han llegado a convertirse en un enorme problema, se debe ante todo a la orientación seguida por los gobiernos centrales. De prolongarse tal situación sin reacción adecuada, no parece imposible que España llegue a balcanizarse en un conglomerado de pequeños Estados mal avenidos entre sí, impotentes y sujetos a las maniobras y presiones de otras potencias más fuertes y conscientes de sus intereses. Incluso a ciertas esperanzas islámicas de reconstruir Al Ándalus.

*Tres nacionalismos españoles al llegar la Guerra Civil*

Para terminar esta introducción, conviene señalar algunos rasgos de los nacionalismos españoles o los que podríamos denominar así. El primero, de corte liberal, unitario y centralista, se presenta en la Constitución de 1812, donde la soberanía se atribuía a la nación y no ya al monarca. Se trató de un nacionalismo débil, porque coincidió con la invasión napoleónica y mucha gente vio en él un reflejo de dicha invasión, con sus ideas revolucionarias francesas, sus brutales ataques al cristianismo y pretensión de anexionar a Francia la España al norte del Ebro. De ahí el choque entre su nacionalismo y el patriotismo tradicional (el carlismo), muy religioso y ligado a las divisiones internas propias del Antiguo Régimen, como indicaba el lema: «Dios, patria, fueros, rey». El conflicto se dirimió en tres guerras civiles —solo la primera realmente importante— ganadas por los liberales. De la tercera derrota derivaron en buena medida el nacionalismo vasco y en parte el catalán, influidos por la religión y opuestos al liberalismo triunfador en España.

Volviendo a Álvarez del Junco, apreciamos una confusión creada por las palabras. Según él, en la consigna carlista «Dios, patria

y rey», los términos Dios y rey son claros, pero no así el de patria: «*Patria* tiene un contenido no ya distinto, sino casi opuesto al de *nación*. Esta última daba por supuesto la existencia de un sujeto colectivo que era, o podía acabar siendo, portador de la soberanía. Para ello era preciso construir una serie de mitos, relacionados con el pasado, en los que destacasen las grandes virtudes del pueblo elegido, expresadas en sus hazañas colectivas o en las de sus héroes individuales. Pero en el carlismo no se encuentran referencias a los héroes españoles como Viriato, Don Pelayo o el Cid, ni a gestas colectivas como la conquista de América. Se ensalza la patria, sí, pero patria no significa más que un conjunto de *tradiciones*, creencias, privilegios, leyes e instituciones fundamentales que en absoluto eran privativos de España, sino típicas del Antiguo Régimen europeo. La *patria* tomaba carne en el rey y la religión [...]. Patria, en definitiva, era un término vacío, una pata del trípode que se disolvía en las otras dos: Dios y rey».

Este análisis tiene mucho de arbitrario. Un carlista entendía y entiende sin la menor duda que el «trípode» era más bien un orden de prelación: en primer lugar la religión, en segundo la patria, y en tercero el rey, con acomodo a la tradición intelectual hispana según la cual el poder no le llega al rey directamente de Dios, sino a través del pueblo. Y aunque el carlismo se identifica con las instituciones europeas del Antiguo Régimen, cuando hablaba de patria no pensaba en Europa, sino indiscutiblemente en España. Lo mismo que los liberales no pensaban indistintamente en Francia o Inglaterra cuando querían imponerse con consignas generales, sino precisamente en España. De ningún modo era «patria» un término vacío, aunque no cantase las glorias del Cid, Cervantes o Colón. Apenas hacía falta cantarlas, porque resultaba obvio, parte esencial de la tradición cultural distintiva de España, por nadie discutida entonces. No lo niegan frases carlistas como «muera la nación», o «aquí luchamos por la causa de todas las potencias, por los tronos legítimos contra la revolución y el jacobinismo». La «nación» detestada no era España, sino

el concepto jacobino, nacionalista de ella. Y el patriotismo nunca estuvo reñido con ideas generales: el nacionalismo francés no lo era menos por su lema libertad, igualdad y fraternidad; ni Stalin dejó de dar proyección universal a su Gran Guerra Patriótica contra Hitler. Se trata de falsas oposiciones.

Y hay otra obviedad dejada de lado: los nacionalismos de Arana y Prat debieron inventar el pasado, «glorias y sufrimientos patrios» como la batalla de Padura, el «crimen» del Compromiso de Caspe o la esclavitud bajo el yugo español o el castellano; pero el patriotismo hispano del siglo XIX, tanto en su versión tradicional como en la moderna liberal, apenas necesitaba inventar, más allá de españolizar a Viriato o a Trajano, o de proyectar hacia la eternidad las esencias patrias. Nadie cuestionaba las grandes fases formadoras de España, la romanización, la Reconquista contra Al Ándalus, el Siglo de Oro, etc. No ofrecían dudas, porque su huella seguía bien fresca: nadie en España hablaba árabe o adoraba a Alá, y el Islam se reducía a poco más que arqueología en un país latino en cuanto al idioma común, el derecho, las costumbres y la religión, llegada a través de Roma. Lo contrario del norte de África, donde la brillante cultura latina se había reducido, a su vez, a arqueología. Al revés de las «glorias» de Arana o las quejas de Prat de la Riba, no se trataba de hechos inciertos, y los esfuerzos por relativizarlos o negarlos parecían abocados a fracasar por sí solos. Sin forzar las cosas, los españoles podían sentirse un pueblo europeo formado en la romanidad y la religión católica, con un idioma común aparte de los regionales, y una cultura compartida, fruto indiscutible de largos siglos de historia.

A su vez la Reconquista, dato histórico exclusivo (casi ningún país islamizado ha vuelto a la cristiandad), difícilmente habría ocurrido sin la previa existencia de un Estado español, el creado por Leovigildo y Recaredo sobre fundamento cultural latino. Y no solo porque el reino godo sirvió de legitimación para enmendar «la pérdida de España», sino porque sin ese precedente habría sido imposible reconstituir un Estado español unido. Dada la superioridad material

y en parte cultural del Islam por entonces, lo más fácil habría sido la victoria musulmana, como en el norte de África; o bien la balcanización de la península en varios reinos cristianos y «moros». Aun con plena expulsión del Islam habría sido muy probable la formación de varios países separados. Pero la reunificación triunfó, por efecto de un sentimiento nacional profundo y tenaz. La excepción de Portugal confirma esa regla, prueba de la dificultad del proceso unitario.

Tampoco ofrecía duda la expansión cultural e imperial de España en los siglos XV al XIX, pues la demostraban los numerosos países hispanohablantes, la toponimia, las universidades y tantas huellas hispanas extendidas por medio mundo; hasta la difusión del catolicismo, debida al esfuerzo español en tan amplia medida. Pues otro rasgo clave de esa historia había sido la trabazón entre el elemento patriótico y el religioso, debido a la lucha contra el Islam, primero en la península y luego en media Europa frente al imperialismo otomano y el expansionismo protestante.

Por ello, ni la Reconquista ni el Siglo de Oro ni la impronta católica, etc., entran en la categoría de invenciones o fabulaciones mitificantes, sino en la historia real, aunque algunas de sus facetas recibieran un tratamiento mitificador. Estos factores y tradiciones explican que el nacionalismo español, por difuso que se presentase, lograra soportar durante el siglo XX el incesante acoso y corrosión sufridos por parte de los nacionalismos regionales y de los internacionalismos revolucionarios.

A mi juicio, el error de Álvarez Junco radica en la aplicación del molde general del nacionalismo —según él lo entiende— a realidades muy diversas. Podemos hablar de un nacionalismo español difuso, poco doctrinario, o de un patriotismo tradicional, pero no negarlos por el hecho de que no encajen en una plantilla que podría ser válida, en cambio, para los nacionalismos vasco o catalán. (El mismo error llevó a los comunistas españoles a aplicar mecánicamente los casos de los Imperios austrohúngaro y ruso o turco a España, siguiendo al efecto las especulaciones de Lenin y Stalin).

En el siglo XIX no hubo una elaboración canónica o completa del nacionalismo español, ni siquiera por parte liberal, probablemente porque no se consideró necesaria. Pero en el siglo XX, las presiones y los retos de otras teorizaciones y políticas obligaron a formular algo parecido a una doctrina. De donde no surgió una formulación más o menos nacionalista, sino dos, más una tercera durante la Guerra Civil.

La primera fue el regeneracionismo, después de la derrota del 98 ante Usa, y la segunda un españolismo tradicionalista. El primero guarda mucha semejanza con los nacionalismos de Prat y de Arana, en particular su aversión al régimen liberal de la Restauración y su denigración del pasado español como frustrado, «anormal», «enfermo», etc. Las gestas y la cultura que antaño sustentaban el patriotismo aparecían ahora desvalorizadas y reinterpretadas adversamente, mientras se mitificaban hechos históricamente marginales o fracasados, como la revuelta comunera, también al estilo de las retóricas nacionalistas de Arana, Prat, etc. Pero si este nacionalismo español y los separatismos coincidían en la denigración del pasado hispano, sacaban de él conclusiones opuestas: Prat y Arana, el intento de secesión; los regeneracionistas (Costa, Azaña, Ortega, etc.), una España reinventada, sin raíces reales. El regeneracionismo trajo también un europeísmo superficial y beatífico, hasta con propuestas de mezclar al país en la Primera Guerra Mundial.

Contra el ataque al pasado español reaccionó, bajo el régimen de Primo de Rivera, una doctrina españolista que aspiraba, como el regeneracionismo, a una rápida modernización, pero sin romper con una tradición a su entender ilustre. Esta ideología acentuaba el catolicismo y criticaba al nacionalismo por belicista y por dividir la nación y el Estado. El aire de los tiempos y el fracaso de la Restauración la alejaban del liberalismo, y la corrosión social causada por el hervor obrerista-internacionalista la apartaban de la democracia, impulsándola a buscar asilo en el ejército, última defensa ante la impresión de colapso del país. España debía reencontrar su



espíritu en la tradición católica y monárquica, para resurgir como un pueblo digno de su prosapia. Recordando el Imperio, proclamaba voluntad «imperialista» en sentido espiritual, de proyección cultural sin descartar la política si llegaba la ocasión: quizá por influjo del imperialismo catalanista de Prat de la Riba, según el historiador Enrique Ucelay.

Un punto débil de este ideario radicaba en su dificultad para explicar la decadencia de España: el país había sido monárquico y religioso tanto en su época de auge como de declive. El resurgimiento no podía venir, por tanto, de la simple insistencia en esos rasgos. Además, el nuevo ideal, como tantos otros, daba por definitiva, algo apresuradamente, la crisis del liberalismo y la democracia. Y si bien en la práctica la dictadura de Primo había modernizado al país con mayor rapidez que nunca antes desde la Guerra de Independencia, la teoría no aclaraba cómo conciliar esa modernización con unos esquemas ideológicos poco desarrollados, de tonos a veces arcaicos y difíciles de aplicar en el siglo XX. La retórica del Imperio servía de poco, y los propios españoles cultivaban un pragmatismo eficaz, pero mediocre, sin muchos atisbos del invocado ánimo imperial. Para hacerse fascistas les influía demasiado la religión, y los resabios liberales les impedían llevar muy lejos el protagonismo del Estado. Por ello este seminacionalismo no llegó a cuajar en un movimiento definido, y aunque revitalizó el viejo espíritu patriótico, su retórica de grandezas contrastaba con una práctica reformadora y de baja tensión, un tanto débil ante ideologías más exaltantes.

Durante la República, este patriotismo seminacionalista cundiría en toda la derecha, con matices importantes: un estilo posibilista, moderado, en la CEDA, deseosa de dar una oportunidad a la convivencia republicana y, por tanto, implícitamente capaz de aceptar la democracia; más agresivo en los monárquicos y en la Falange.

A lo largo del primer tercio del siglo XX, la débil resistencia ideológica de estas doctrinas frente a la incansable ofensiva de la propaganda separatista, obrerista y regeneracionista hizo creer a

muchos que el patriotismo español corría a la extinción. La misma palabra España causaba reticencia en diversos ambientes políticos e intelectuales, y en la calle los infrecuentes vítores a la nación solían ser ahogados con vivas a Rusia, a la República, a *Euzkadi* o a Cataluña.

Al llegar la guerra, los «nacionales» (evitaban llamarse nacionalistas, por la razón dicha) recogerían básicamente la tradición mencionada, con dos rasgos poco armonizables: el paralelo resurgir de la piedad religiosa y de la influencia fascista. Un informe del cardenal Gomá al Vaticano, en octubre de 1936, deja traslucir el problema: «Los falangistas (el fascio) son, tomados en conjunto, de espíritu menos religioso que los tradicionalistas [...]. Sus procedimientos de guerra son más duros; en su espíritu predomina el sentimiento de patria sobre el de religión; y el sentido de fuerza disciplinada prevalece sobre el sentimiento cristiano»<sup>2</sup>. Aun así, era un fascismo sui géneris, demasiado inclinado hacia la Iglesia para el gusto del alemán o el italiano.

El patriotismo nacional se alzaba ante todo contra el internacionalismo revolucionario, pero también, desde luego, contra los separatismos regionales. No era incompatible con los regionalismos, incluso las autonomías, precisamente por ciertas nostalgias del Antiguo Régimen, pero la experiencia habida al respecto le inclinaba hacia el centralismo liberal. Y tomaba también del regeneracionismo el impulso modernizador e implícitamente la tarea del «cirujano de hierro», el dictador capaz de solucionar los atrasos e injusticias más sangrantes. Encontramos ahí una ardua amalgama de actitudes intelectuales, aunque armonizables sentimentalmente.

En el bando del Frente Popular coexistían el nacionalismo regeneracionista con los separatismos catalán y vasco. No hay por qué dudar del patriotismo de personajes como Azaña, quien, en su

---

<sup>2</sup> J. Andrés-Gallego y A. M. Pazos, *Archivo Gomá, Documentos Guerra Civil I*, Madrid, 2001, p. 247.

jacobinismo, no consideraba una bendición los movimientos obreristas, la Esquerra o el PNV, sino más bien unos males a sobrellevar mejor o peor. Deseaba integrarlos con promesas de arreglo futuro y grandeza común: progreso, modernización, europeización. En no parva medida, la historia de la República había sido la del fracaso de la tentativa integradora, y al estallar la guerra los regeneracionistas republicanos de izquierda serían desplazados enseguida por los revolucionarios. Aun así, siguieron oponiendo al patriotismo de los nacionales su propio nacionalismo: eran las izquierdas —incluyendo los separatistas— quienes defendían realmente a España, al pueblo español, contra una caterva de retrógrados, clericales y militaristas que usaban el nombre de la nación para disfrazar sus injustos privilegios. Con esa versión comulgaban también los revolucionarios, a los cuales unieron irrevocablemente su destino los republicanos de izquierda, pese a haber sido aquellos los mayores causantes de la destrucción de la República, desde las insurrecciones anarquistas comenzadas en 1931 hasta la revolución de 1936, pasando por la intentada en octubre de 1934.

Para gran sorpresa de izquierdas y separatismos, el patriotismo español cultivado por los nacionales resurgió con extraordinaria lozanía y poder movilizador. Ello obligó al Frente Popular, también autodenominado «bando rojo», a apelar asimismo al fervor patriótico. Y este fue el tercer nacionalismo en pugna. Especial insistencia en él mostraron los comunistas, pronto hegemónicos en su bando: esgrimiendo la ayuda de Alemania e Italia a los nacionales, definían la guerra como de independencia nacional, frente a una «invasión nazifascista». Esperaban combinar el espíritu patriótico con la revolución o reforma social para despertar en los suyos un indoblegable afán de lucha, y en el bando de Franco resistencias internas que lo descompusieran. Sin embargo había algo de artificioso y oportunista en todo ello, y no funcionó bien. Azaña lo expone en sus diarios: «Lo que me ha dado un hachazo terrible es, con motivo de la guerra, haber descubierto la falta de solidaridad nacional. Ni aun

el peligro de la guerra ha servido de soldador. Al contrario, se han aprovechado para que cada cual tire por su lado».

El repentino nacionalismo español de los revolucionarios molestaba a la Esquerra y al PNV, los partidos secesionistas catalán y vasco. Y parte importante de la contienda consistiría en la relación entre todos ellos, que estudiaremos a continuación.

**Nota sobre el término «Vascongadas».** En otros escritos he usado el nombre «Vasconia» para las tres provincias Álava, Vizcaya y Guipúzcoa. No es nombre muy adecuado, porque Vasconia era propiamente el norte de Navarra, que parece haberse extendido a las provincias citadas: «Vascongadas» se ha interpretado como «Vasconizadas». El problema es que, como ya observó Sabino Arana, no existía un nombre apropiado para el territorio donde se habla o se ha hablado el vascuence, muy dialectizado. La causa es que las tres provincias oscilaron históricamente entre Navarra y Castilla, uniéndose voluntariamente a la segunda y cumpliendo un papel importante en el recobro de Navarra para España en el siglo XVI. Cada una tenía sus propios fueros, escritos en castellano. Arana inventó el poco afortunado nombre «Euzkadi» (véase apéndice) en el que integraba, además, a Navarra y las pequeñas zonas vascas del sur de Francia. El nombre «País Vasco» es impreciso, mientras que el de «Vascongadas» parece más adecuado al sentido que recibe en este estudio.



PRIMERA PARTE:  
LA GUERRA CIVIL